

# UN PERRITO A SU CUIDADO

Por **PAULA SCHEINUK**

ANA MARIA abrió los ojos. Contempló su cuarto soleado. Las rayas blancas y amarillas del empapelado de la pared parecían iguales. Pero había algo diferente. Ella estaba diferente. Hoy era su cumpleaños. ¡Cumplía seis años! Ya era bastante grande para que le confiaran un perrito.

El año anterior había querido tener uno, pero los padres le dijeron que todavía no. Tenía que esperar hasta que cumpliera seis años. Ana María saltó de la cama. Corrió al ropero, buscó sus ropas y se vistió. Bajó corriendo las escaleras, y tres escalones antes de llegar al final saltó al suelo y corrió a la cocina.

-¡Feliz cumpleaños, Ana María! -le dijo la mamá-. Esta mañana sí que madrugaste.

-Mamá, tengo seis años. Recuerda que dijiste que cuando tuviera seis años sería bastante grande para cuidar de un perrito.

-¡Seis años! Qué lindo es tener una niña grande de seis años. Papá todavía no bajó. ¿Me ayudarías a poner la mesa? Esta mañana queremos que todo esté muy lindo.

Ana María puso la mesa. En eso oyó que el padre bajaba. Corrió hacia él y lo abrazó.

-Feliz cumpleaños, Ana María. Vamos a ver, ¿qué era lo que más querías para tu cumpleaños?

-¡Oh. papá! ¿ya te olvidaste? ¡Quiero un perrito! Ahora tengo seis años.

-Entonces anda al lavadero a ver qué encuentras.

Ana María fue al lavadero, pero no vio nada. De pronto oyó un ruidito suave. Miró en una caja que había al lado del calefón. ¡Allí estaba su perrito! Ana María lo sacó cuidadosamente de la caja, y lo levantó poniéndoselo sobre el hombro. Le acarició la oreja sedosa con los dedos.

- Es mío, ¿no es cierto papá? Lo voy a llamar Príncipe.

-Sí, es tuyo, Ana María. Pero recuerda que eres responsable de él. No es más que un cachorrito. El patio de atrás tiene un cerco. Si mantienes la puerta cerrada, estará seguro.

-Lo voy a hacer, papá. Voy a cuidarlo muy bien.

Ana María jugó con su cachorrito toda la mañana. Lo llevó afuera al sol, donde el cachorrito la hizo reír tratando de cazar las hojas que caían. Esa tarde vino a visitarla Susana, su amiguita, y las dos jugaron con el cachorrito.

-Vayamos a casa y hagamos una casa con hojas -sugirió Susana-. Nosotros tenemos más hojas que Uds. Anda a buscar un rastrillo y ven a mi casa.

Ana María corrió al garaje y consiguió un rastrillo. Susana tenía muy buenas ideas. Ana María se alegraba de que Susana viviera en la casa de al lado.

-¡Apresúrate, lenta! Mira la pila de hojas que a tengo -gritó Susana cuando Ana María llegó al patio y comenzó a juntar hojas con el rastrillo.

Las niñas hicieron una casa acomodando con el rastrillo las hojas en hileras para formar las piezas. Hicieron una cocina, una sala y dos dormitorios. Se estaban divirtiendo tanto que Ana María se sorprendió cuando su madre la llamó diciéndole que la cena estaba casi lista. Tiró el rastrillo y corrió a la casa.

Estaba en el cuarto de baño lavándose las manos pegajosas cuando la madre le dijo:

-Mientras comemos pon el cachorrito en el lavadero.

¡Su perrito! Se había olvidado de él. Corrió afuera y comenzó a llamar:

¡Príncipe, Príncipe, Príncipe!" Pero el cachorrito todavía no conocía su nombre, porque era muy chiquito. La madre apareció en la puerta.

-Apresúrate, querida, porque papá va a llegar en cualquier momento.

Ana María buscó y buscó su perrito. Miró en la casita de muñecas. Buscó entre los canteros y detrás de la pila de la leña. No veía a su perrito por ninguna parte. Las lágrimas le querían brotar de los ojos. Pero era su cumpleaños y no quería llorar. Allí estaba el rastrillo del papá, al lado de una pila de hojas en el



patio de Susana. Sabía que debía haberlo guardado. Se dirigió al patio de Susana y entonces vio la puerta. Estaba cerrada. Estaba segura de que el perrito estaría en algún lugar en el patio.

¿Qué le había dicho la maestra de la escuela sabática el sábado pasado? Los niños habían hablado acerca de perderse en el bosque, y la maestra les dijo que si se perdían no debían dejarse vencer por el pánico. Les dijo que lo mejor era sentarse, orar, y, cuando se tranquilizaran, decidir qué hacer. Ana María tomó el rastrillo del papá y lo colgó en el garaje. Entonces se detuvo a orar. Ya se sentía mejor. Ahora podía pensar.

¡La puerta del garaje! La había dejado abierta cuando fue a buscar el rastrillo. "¿Dónde podría haberse metido un perrito cansado? -pensó-. Se habrá metido en algún lugar calentito y se habrá acostado a dormir".

En un rincón del garaje había una caja de ropa que la mamá tenía planes de hacer tiras para tejer una alfombra. Ana María corrió hacia la caja. ¡Ahí estaba su perrito!

La madre volvió a llamar:

-Ana María, papá está aquí. Ven a cenar.

La mamá, el papá y Ana María se sentaron a la mesa. El papá dijo a Ana María que pidiera la bendición, de lo cual ella se alegró. Tenía muchas cosas por las cuales estar agradecida.

-Bueno, Ana María -le dijo el papá-, ¿cómo pasaste el cumpleaños? ¿Crees que podrás cuidar el perrito?

-Fue un cumpleaños muy lindo. Yo quiero mucho a mi perrito. Y lo voy a cuidar.

Y ella sabía que con la ayuda de Dios podría hacerlo.